

DE LA SOMÁTICA CUESTIÓN DEL ALMA
Ó DE LA VOLUNTAD

Quién diría que el día se acercaba, el día en el que ni siquiera yo mismo supiera, ni llegara a conocer, qué es lo que sería de mí, no solo ya al día siguiente, sino al mismísimo instante después de cada parpadeo. Las paredes al derredor mía se sentían como metal abrasador, madera soñolienta que no estaba ahí, que aún me levantara y palpara, no solamente las paredes, sino cualesquiera objeto que ante mi se mostrara, pareciese como si no hubiera materia, solamente forma, una forma que alcanzaba a no-ver, a escuchar desde lejos como una sinfonía que en crescendo acababa por perforar mis tímpanos, sanguine de mis conductos auditivos.

No sabría con exactitud relatar qué día hubo sido el primero el cual empecé a sentir terror vivificante, mortuorio pavor, a parpadear, dejando mis ojos a la ceguera inminente. Tampoco sabría decir cuando mi pérdida de la materia por la forma comenzó, de igual manera que dejé la vigilia del sueño por el sueño en vigilia, todo se sentía, a al vez que se vivía, muriendo a cada instante.

Cedí mi alma a la espiritosa.

Recuerdo un día, o una noche, tal vez las medias tintas de una a la otra o de la otra a la una, cuando huyendo por una de los arroyos de una avenida —callejuelas interminables de asfalto pedregoso— una pequeña niña clamaba mi nombre: «Eduard... Eduard...» Yo me tumbaba en las fachadas de las casas al pasar, sin ver a nada ni a nadie, solamente a la luna, con bruma a su vera, alta en el cielo invernal. La voz de la niña pequeña insistía cada vez más y más

«Eduard... Eduard...» Yo aullaba a la luna, lo único que para mí existía en ese momento, probablemente lo único que sea verdad en este momento. En cierto instante decidí ceder, dejé de arrastrar mis doloridos pies, descalzo como iba, por el fragoso asfalto de la calle casi cubierta, con aquellos edificios que aparentaban tocarse en la altura de sus tejados, inclinados y casi a punto de zambullirse sobre mí. Unas manitas tiraban de mi raído abrigo, regalo de mi padre tras uno de mis cumpleaños, tal

vez uno lejano, no recuerdo ya. Abriendo los ojos, cansados de ver y de lo que podría ser lo contrario, bajé la mirada, torciendo mi cuello hacia atrás y bajándolo, como si fuera un muelle o una rama tierna de un árbol. Allí me recibieron unos ojos descoloridos, catarosos, con un semblante inquisidor.

—Eduard ¿Es usted Eduard? Debe serlo.

—Travnikov Eduard Igorevich. ¿Qué te ocurre, niño?

En ese momento le puse la mano en la cabeza a la criatura —mis manos son más bien pequeñas, pero de todas formas, la palma de mi mano ocupábala entera. Un grito desgarrador surgió del cielo, como viniendo de una de sus esferas, allá a lo lejos, y se posó en el aire delante mía. Antes de darme cuenta, dejó de haber nadie al nivel de mi cintura.

Recuerdo atusar mi acartonado pelo, sucio, rubio vuelto castaño por las semanas de no tocar agua sin que sea con mis labios; agua, o aquella espiritosa que me colmaba y me calmaba el alma. Jugaba con el travesaño de la cruz a los pies del Salvador que colgaba de mi pecho a la vez que pensaba en cuán descuidado había dejado mi cuerpo a expensas de consumir —maldiciendo que consumaba— el espíritu fluido.

Se pasaban los tiempos por enfrente de mi fachada, no sabiendo, intoxicado por el qué-vendrá de mi tiempo. No sabía a dónde iba, errante de todas formas; no sabía de dónde venía. Pero me preguntaba, frente a mí-reflejo, ¿para qué? Permanecía en mi mente, en mí, aquella pregunta sin responderse, porque no requería de ser resuelta. ¿Para qué resolver las preguntas, si solo llevan a más cuestiones, a parte de que perderían su sentido? Una pregunta sin respuesta da vida; la respuesta mata, asesina, descuartiza, mutila, humilla, aclara (o sea, que desbruñe) la pregunta. La despoja de su único cometido: permanecer pregunta. No, no me gustan las respuestas, no me interesa el conocimiento, prefiero las incógnitas.

Recuerdo un día, en uno de aquellos en los que era ciego, y un chico me guiaba del hombro, en el que pasé por una de esas calles de humo en los tejados, de casas de barro y piedra, con canales por el suelo, canales de hez, muerte por sus paseos, hormigueros; escuché una melodía, de violín la melodía, en ese instante, o dos, o tres instantes, me

paré en seco.

—¿Por qué nos detenemos, Travnikov? —decíame el muchacho, apoyando todo su peso en mi, cojo que iba.

—¿No escuchas la música, niño? —le dije yo.

El mozo no respondió hasta después. Luego habló de nuevo:

—Escucho. Sí, escucho. Es el violín del señor Shaposhnikov, pero el ruido es muy leve, ¿cómo es capaz de oírlo?

—Usas las palabras como te da la gana. Llévame ante el violinista, Misha.

La noche la alumbraba el gas. Las estrellas velaban desde el firmamento hacia el suelo. Yo no oía nada, pero la intuición me decía que un violín hacía vibrar el aire de forma mágica no muy lejos de nosotros.

Y así pasáronlas, noches y noches, día tras día, acudiendo a la calle del tal Shaposhnikov. Ambos, nosotros dos, pues no podía deambular sin mi guía, mis ojos y mi sentido. Las dulces armonías de Shaposhnikov hacían temblar el aire allá por donde sonaban. Me olvidaba de comer, de beber, de jugar, dormir, de hablar y hasta de soñar con algo que no fueran los conciertos de aquél señor al que cara no le ponía —ni éralo necesario.

Así pasaron el final del invierno, la primavera y el verano siguientes, todos sin que un día faltaran las armoniosas caricias de don Shaposhnikov. Mas llegó el otoño, uno de esos días que marcan los equinoccios, que se cambian las estaciones, pasó el relevo del calmoso y cálido verano a el fatal otoño. Shaposhnikov no volvió a tocar el violín nunca más, pero yo seguí devotamente marchando a escucharle durante dos semanas, en las cuales uno de aquellos días sonó una melodía, digna de Bacco, discordante, estridente, sin sentido; las estrellas no salieron aquella noche; luego reinó el silencio, y yo jamás volví por aquellos bulevares.

Con el pequeño Mijail me resguarde los días de aquél otoño; infinito otoño; en un jardincito allá a las afueras, donde sabíamos que el sonido del violín de don Shaposhnikov no llegaba, por si, de alguna

manera, volviera a sonar aquél demoníaco sonar. Durante aquellas estancias recobré las ganas de comer, comí mucho, hasta hartarme, de lo que Misha me traía, y aunque no volví tampoco a casa, recobré el sueño, y dormí, dormí como nunca hube dormido en años, si quiera en mis tiempos allá cuando un joven chicuelo, que me las hacía pasar de poeta aventuresco; soñé con todo, tanto, que no da mi alma ni mi cuerpo la fuerza suficiente como para poder recordar nada.

En aquél jardín recuperé la armonía que aquél viejo me hubo arrebatado, como si nada, de un día para otro. No le culpo, sería una vida de hacer lo mismo, siempre igual. Tal vez hasta húbese muerto de rutina. ¿Quién sabe? Aunque en mi interior sabía que aquella gratificante concordia no había de durar mucho tiempo, anhelaba que así fuese. Tal vez fue mi vanidad la que dispuso el mal que malacabó con el pobre Shaposhnikov. Muerto hallado en su maltrecho apartamento, en el piso más alto, con el violín a los pies y la soga al cuello. Dado también a la espiritosa.

—¿Por qué cree que el viejo Shaposhnikov hubo hecho...? Ya sabe... —me preguntó un día Misha, mientras jugaba desinteresado con las manos en el agua de la apolínea fuente.

—Tal vez solamente se aburrió del violín.

—¿Vd. cree? Creía que era algo que disfrutaba.

—Yo también lo pienso.

—Quizás pasó algo más. Debe de haber pasado algo más.

—Y lo más probable es que sea cierto, pero ya no es importante. Él ni siquiera sabía de nuestra existencia.

Misha suspiró bajando la mirada a su reflejo en el agua. Ambos beatamente en el jardindito, con sus vallas de hierro negro, plácidos.

—Pero —volvió a increpar Mijaíl— si como un día me contaste, el amor nacía de la costumbre, ¿no tendría que haberse enamorado más aún de la música?

—Tal vez no la amó en ningún momento.

Misha se quedó pensativo durante un minuto, y atusaba una ficticia barba que tardaría aún años en ser siquiera algo.

—¡Ea!, inventemos, pues, ¿por qué crees que don Shaposhnikov tenía que tocar el violín? —Dije yo, dejando de apoyar mi espalda en el respaldo del banco e inclinándome hacia Misha.

—De acuerdo, incluso tal vez puede que lleguemos a una razón de su suicidio. —Afirmó el chico, que parecía más que dispuesto a inventarse la vida y la causa de muerte de un recién ahorcado, y divertirse por el camino.

Pasamos así tiempo —incalculable tiempo—, tal vez el resto del día, haciendo de algo desagradable, triste, ¡incluso dramático, señaló Misha en cierto momento!, una mofa, una bobería, una insignificancia, nada que tuviera que tener el menor de los respetos, aunque lo respetábamos, a nuestro vil sentido, pero con respeto. Y a partir de ese preciso instante Misha y yo, tal vez solamente yo, comenzamos a tomarnos la penumbra, brumosisidad de nuestra existencia; porque la vida era detestable, no había momento del día ni de la noche, en el que pudiera decir estar bien —claro, yo era el ser más feliz, dicha en mi alma sobraba para llevar al Cielo a Rusia entera—, todo era colores tenues, ni fuerza tenía el sol en colorear el jardincito de nuestros escombros, de nuestras mentes errantes. La vida era una pena, vanidad, concretamente apuntaba Misha. No mentía, pero para nosotros, pobres de materia, no había más vanidad que anhelo de lo que no se tenía. Nosotros entonces no podíamos desear nada, sería solo pesadumbre por pesadumbre. A decir verdad era Misha el que menos tenía. No tenía nada. Yo al menos gastaba una habitación en las afueras de la ciudad, compartida con una familia de a saberse qué etnia malamparada de la mano Dios, no precisamente un palacio, y no precisamente tampoco una estancia agradable, que aunque no pisara esos lares hasta que mi cuerpo desistiera del césped, y decidiera volver a colchones de paja a ras de suelo, siempre era un lugar al que volver.

Nunca me gustó comer, me repugnaba siempre ya no la sensación, sino hasta la idea de el acto de hacer que mi cuerpo hiciera la deglución, a veces sentía que ese órgano, incluso ya aquél sistema entero, no tenía razón de ser. Era odioso tener que comer, pero comía, porque la idea de

la muerte, la idea y su praxis, aunque resultaran tentadoras, y formaran gran parte de todo de mis cavilaciones, aterrábame. La bebida, por otro lado, siempre estuvo ahí. Nunca pensé en dejar de beber, mas en dejar de deglutir, todos los días. La bebida siempre tuvo algo que hacía que no parase de llegar ese “último trago”. Tal vez por eso es que vendí mi alma por mi espíritu. Dejé de alimentarme para poder ser todo mi cuerpo no, para ser espíritu, lengua de fuego.

En cierto momento, no acertaría a decir cuándo ni dónde, aparecióse ante mí, de formas esporádicas e inusuales, fantasma de belleza inimaginable, de versos de alemán famélico, fames de belleza puritana y sencillamente helénica, clásica y aún así, salido de lo más castizo de allá del centro. Un alma letárgica era ella, o es, pues para mi comprensión nunca hubo muerto, ni dudar cabe de mi parte que nunca lo hará. Ciertos aires de aquí; ciertos aires de allá; lo cierto es que no sabría dónde ubicar sierva belleza del Señor en la faz de este mundo, si es que pertenece a acá. Tez nevosa, ni mancha ni lunar en donde se pueda ver; sus cabellos ondulados como los pliegues de su vestido, rubios, o tal vez eran castaños, y la luz aclarábalo entre las hebras de su pelo. Pero, ¿qué voy a decir yo que no se haya dicho ya sobre la gente de su estirpe? Nada tengo que añadir. En mis numerosas visiones —pues no me las quiero creer verdad— limitábame yo a simplemente, desde la respetuosa distancia, mirarla y verla. Unos días andaba por los jardines aquí lugar mío y de Misha, con su capa y su vestido blanco, arrimando un crucifijo allá a su corazón. Otros la veía yo en el patio del orfanato, en corro leyéndole a los niños poemas de muy lejana parte. Pero nunca hice nada más que mirarla, y nunca ella me miró a mi; y así es como debiera de haber sido, por siempre.

—¡Amor platónico, mi señor! —Se rió un día de mí el mi pupilo extraoficial.

—Ya me estás con los macedonios...

—Griegos, ya se lo dije, que son griegos. ¿Y no tengo razón acaso?

—No veo cómo... —dije yo, esperando a que me diera alguna explicación.

—Están en amor con el alma de la joven. Que no se entera de la misa la media.

—Será eso, supongo.

—Eso o estoy ante un cobarde.

Las hojas de los abedules caían de sus ramas tras una ráfaga de viento. Yo quedé mirando una, siguiéndola con la mirada. Misha alcanzó a cogerla.

—Seré cobarde, entonces.

Callamos.

—¿No tienes hambre, Eduard?

Y fuimos a comer.

Una tarde, donde ya el sol daba su dorado, asomado a un balcón, salió una joven a tomar el fresco; yo esto veíalo desde mi ventana, asomado al aire y bebiendo una copa de agua directamente recogida de la lluvia de ayer. Parecía que fuera por la mañana; ella desperezándose soñolienta, estirando sus brazos y en sus mangas cortas, aún el frío de la temporada. Era mujer, y era bella. Siento que Mijaíl tenía razón en lo que dijo. Haciendo memoria, no sabría decir si incluso la joven del orfanato fuese la misma o no de la que ahora relato, ¿se me hace tan confusa la memoria! Pero el caso es que me hacía sentir lo mismo. Un gato anaranjado se acerco a ella, estirándose también, hasta acabar en sus brazos y perderse entre las cortinas del balcón.

—¿Qué es lo que busca, señor? —me preguntó un día, a los pies de la iglesia, mientras ella salía, acompañando a una anciana.

Yo, sobresaltado, no había caído en la cuenta que se trataba de ella, y sin saber qué responder, y atónito por su belleza, no dije nada.

—Pobre, debe ser mudo. Tenga.

Y me dio una moneda gris que juraría sería un kopek.

—No —tartamudeé—, no soy mudo, ni mucho menos. Aunque agradezco el detalle. Travnikov Eduard Igorevich, próximo zar de Rusia,

si van las cosas bien —dije, genuflexionando—. A su servicio.

Ella soltó una leve risa, tapándose la cara, a decir verdad eran un tanto ridículo; yo, ella, la situación y mi comportamiento.

Reverenció ante el pordiosero, levemente, y siguió su camino sin mirar hacia atrás.

—Pobrecillo, ¿no le parece? —oíla decir al marcharse.

Al día siguiente volví a presentarme a la escalinata de la iglesia, a esperar su salida, “soy un stárets, dama mía, que vengo a indicarla el buen camino del Espíritu Santo”; volvió ella a reír levemente, compadeciéndose de mi al marcharse. Y así día tras día, por alguna razón que no alcanzo a comprender, hasta que uno de aquellos días, se paró al darme la espalda, luego de haberle dicho otra payasada con la que masculló una sonrisa, y seria, dióse la vuelta mirándome directamente a mi nuca.

—Ya está bien señor Igorevich, ¿qué es lo que quiere de mí? —hasta en ese tono acusador mi celo se encendía más y más sin yo alcanzar a saber los porqués ni los paraqués de aquello—. Hable.

—Solamente permítame poder verla todos los días de mi vida, así como es usted. Verla y verla feliz —su cara cambió a uno de extraña sorpresa —no se piense que esto es una propuesta de matrimonio, ni mucho menos, mi señora. Solamente le pido, por caridad si cabe, que me deje ir con Vd. si no ve ningún inconveniente.

Pasaron tiempos de, tal vez, dos días, esperando en aquella escaleras a los pies de la iglesia, sin volver a ver a mi querida sin nombre, aunque no lo necesitaba. Llegó el momento, y al salir de la misa, ella se paró firme, frente a mi, con la espalda bien erguida y el cuello alto, mirándome desde arriba; yo, tirado y harapiento de tantos días a la intemperie solamente por volverla a ver a la misma hora todos los días, veíala desde abajo, como debiera ser.

—Recoja sus cosas, si es que tiene posesión alguna. Vd. se viene conmigo.

Dijo al final con una sonrisa.

Carta a la amada:

A vuestra considerada merced—

Oh amada, ni tu nombre sé, ni deseo saberlo, pues así es como debiera ser. El tiempo que hubimos pasado juntos el uno al lado del otro ha sido una prueba más que fehaciente para demostrarme que vivir y morir por Vd. no es más que vivir, revivir y morir por volver a morir; que todo ello vale la pena, pero que os amo tanto que no permitiría que vuestro cuerpo desfallezca sino es por mi mano o al lado de ella y yo a sus pies perezca como joven, ante Vd. y para Vd.

Rosas; rosas y azucenas, claveles y gladiolos, amapolas y margaritas; resurgen de mi pecho, de mi boca salen pétalos de flores cubiertos de escarcha, ritmo del amor, de tú amor, amor que es todo tú y de ti; por ti, surgen luces y surgen esencias de flores. Mis entrañas se revuelven, se vuelven de dentro para fuera y se tornan del revés y del derecho; bailan y corean al son de los astros, arriba en las esferas, en círculos danzando. ¡Amor de amores, y todo amor! Sin saber cómo ni para qué, obviando los porqués, se embarcó mi corazón todo en tarea de payaso poeta, de teatral bufonería en poder hacerte de ti feliz y dichosa, bañada en aguas de azahar y que comas de la granada de mi ventura, bella reina de mi todo, de mi vida, de mi muerte, de mi nada; de mis suspiros y respiros.

En tus manos, en tus pies, en tus caricias y susurros, en tus silencios, tus aprecio y desprecios, en tus susurros maternos, en tus cuidados y tus olvidos; en ti conmigo sentí que eras como eras de verdad, y odio ferviente que no pueda volver a aquellos tiempos, fuéranse cuando fueren.

Oh, merced de mis sentimientos, señora de mi alma. Ya me despidió, y que no deje que mis seres cambiantes perturben su bienestar de su alma bella y pura como sus gentiles manos y maneras, su faz y su medida.

Años fueron los que me encontré viviendo entre la calzada y una estufa, dependiendo de cómo fueran y vinieran los ingresos. Aquél

invierno fue de clara diferencia. Todo se pintó de azul.

—¡Por Dios bendito, Simone! Amor mío, ¿quién es ese hombre que traes contigo? —escuché que dijo alguien.

Misha pasó a ser alma entera, un recuerdo, que, muy de vez en cuando, me susurraba al oído. La persona escandalizada era una dama, una madame en azabache vestida y velo cubriéndole los ojos.

—Es un... un compañero. Podría decirse que es un niño huérfano que he adoptado.

—Pero si es....

—Un pordiosero, un don nadie, un pobrecito, un débil, un arrastrado, un gusano de casta subterránea —en definitiva— un maleante de tres al cuarto, frívolo, un cuatro de copas de espíritu y una sota de miércoles a viernes. —Interrumpí.

Sonaron unas campanas desde la lejanía. Doblaron las campanas en un abrumador silencio.

Mi presencia en aquél palacio fue tomada como la de un quimerista, un soñador de duermevela, un pirético bufón. Yo no lo traía en mala riña, al contrario, a cambio de gracietas, de porvenires de pazguato me daban unos niveles de vida dignos del rey más rey de toda Francia. Simone, Simone Behrendt, era aquella joven; alemana —y aquello ya había podido discernirlo yo— de una familia de cambistas y empresas de aquellas de las que a mi nunca me hubieron interesado. Una joven de unos veinte y pocos años, con dos hijos a los que desinteresadamente dejaba con la aya la gran mayoría del tiempo. Dos jovencitos, ignoro colores, de menos de un año de edad. ¿El esposo? os preguntaréis —ni rastro. Cierta día, haciendo yo de la mía ultranza con un mozo sobrino de la dicha, sobreescuché una conversación del padre de mi Simone con la aya, pobre institutriz, sobre cómo el padre de los niños estaba aún en viaje de a no-sé-cuáles empresas y que tardaría a saberse-qué tiempo hasta que regresara.

—¡Ay de mi hija! —Suspiraba su padre.

Un hombre jubilado ya, de largas barbas, semblante taciturno y diminutas gafas caídas. Tenía un nombre como Jonathan o Johannes, no

recuerdo bien. Siempre inmiscuido en asuntos elevados, como estar encerrado en su gabinete la mayor parte del tiempo, ¿atendiendo a su señora? Podríais preguntaros, lector, mas no, viudo el señor era, desde hace ya tantos, tantos años, que el luto dejó de ser algo que hacía por consciencia. El don leía y leía; las noches de sábado y domingo reunía a los niños de palacio, sobrinos todos suyos, en ocasiones incluso algunos de afuera, incluso yo algún que otro día, y leíales cuentos de gran valía y arduo corazón, historias de alemanes con el corazón fogoso, no de pasión de la carne, sino del alma. A mi juzgar, y juzgaba más bien poco, era lo justo y bueno para aquellos futuros nobles y burgueses. Si fueran a obrar como fuere, al menos que en sus mentes tuvieran valores, no alta alcurnia, sino de personas nobles verdaderamente. Aunque ya todos sabemos cómo suelen acabar en esas altas esferas, no del Cielo, precisamente.

La joven madre, lucero del cielo, tenía en mente solo dos cosas: tocar el pequeño piano, que había en la cámara después de la antesala principal, aquél que creo llaman clavicordio; e ir a la ciudad o montar a caballo alternativamente. Cuando tocaba el diminuto instrumento yo me dejaba sentir aquellas vibraciones lo mejor que podía, pudiera ser el único momento del día en el que yo y mi corazón nos calmábamos un rato. ¡Y rato ameno! Su música era el letargo de mis ansias. Hasta que paraban, claro está.

A mi me daba un pavor desmesurado cuando se marchaba, incluso a veces sin decir nada, a la ciudad. La ciudad, cualquiera que fuese, siempre me resultó desprovista de alma ninguna que tiene verdaderamente nuestro mundo por ser tal cual es; es la desprestigiación de nuestra madre, un germen hormigástico que no para de propagarse por todos los rincones del orbe. ¡Cómo echaba en falta y de menos ser ciego en aquellos tiempos!

Aquella muchacha ocupaba los pensamientos de mi alma la mayor parte del día, de sol a luna y viceversa. Cierta día fui a visitar a un astrónomo de aquí de la ciudad, un señor variopinto residiendo en un barrio poco menos que una cloaca. Me hizo agorero de un porvenir

que yo la verdad es que no me acababa de tragar, y me atragantaba la mayor del tiempo. Pasaron días y días y meses, meses, tiempo mucho, tanto que igual solamente fue al día siguiente, sábelo Dios; un rayo fulminante acaeció sobre mi pequeña cabeza, y como loco, loco no como el que se rompía el cuello suyo ahí, mirando astros y haciendo que hace, que algo hará, no podía ver más a aquella muchacha.

—Te noto distante, seco, malamente remilgado a mi y mi presencia, ¿qué te ocurre hoy, perrito mío?

Díjome un día a mi, sentado en la escalinata que suben a los cuartos de los que se creían eran mis señores.

Yo no hice amago de contestar, ni le dirigí la vista. En mi mente, por el otro lado, respondía así:

—¿Que qué me ocurre, preguntáis, doncella mía? Si es que acaso poder aún se puede llamaros doncella... que no os hallan quitado lo vuestro en la sucia urbe... Harto me veo de haberos observado, casi como si años hubieran pasado, joven y etérea, altísima como nunca antes haya visto a nadie de lo mundanal; Vd. verdaderamente es cautivadora de todo lo que soy, un perro, su perro llégase a ver. Que en mis años, no que sean excesivos, haya yo sido adoptado, cual perro callejero, por una joven hermosa, como eslo Vd., me llena de fuego el corazón; enamoramiento en un principio y de cansancio, pena y decepción a la postre.

»¡Y lo bien que estuvieron aquellos graciosos días en la tierra que me dio nombre! No luego como estuvimos y estamos aquí, que yo me sigo siendo como siempre fui, no como vosotros, que dejasteis de ser como fuisteis, en todo lo bueno que erais, y os consumisteis en el mayor ritual de podredumbre que uno puede echarse al alma; de dejar el campo, con jilguero y su matorral, con sus arroyos, a pasar a la urbe, donde los únicos arroyos que hay son de lujuria y hez.

»Mas no le culpo por haberse dejado endemoniar de aquella tan vil manera. No es su culpa que en su fragilidad, en su pureza tan liviana, como el aire que es usted aún con todo, se haya visto esta rota con tan suma sencillez; es el curso natural de las cosas, podría decir.

Ella, al ver que no hacía intención alguna de desfruncir mi ceño ni de darle mi verbo, se fue, con la barbilla al pecho.

¿Y qué más podría haber hecho yo!? Decirle nada de lo que en mi mente pensé haberle dicho hubiera resultado en la muerte por su misma mano; y eso no tendría lugar, no, pues no al menos que yo vaya a su lado.

Ella me sacó de la más casta bajeza a la que se puede aspirar, me rescató, me dio un lugar en su gran mundo, y tan rápido como aquello vino, en mi vetusta manera de entender la cosas, tan primigenia como el mismo cosmos, aquello se perdió; sobre todo ello, encima, perdióse de manera banal, burda y estulta, ambos por tercetos y obstinados. O así véolo yo ahora, que no se puede revertir lo hecho.

*

Y cosas de éstas ocurriéronme sin par y sin precedente durante toda la mía existencia; allá donde tengo y tuve memoria amores y desvaríos subterráneos acontecieron sin que yo, merced de la fuerza de Dios, de la fuerza de los dioses —de este o de aquél, de unos cuantos— pudiera hacer más que serme. Serme y nada más.

Hubo veces en las que no me era, en las que como muerto, en pasadizos infestos de creaturas sin criador, desoladas de calor; pasadizos oscuros como sus entes que los habitaban, me era muerto — no estaba ni me era. A veces lo único que podía hacer era caminar; era correr. En circuitos de a-saber-qué magnitud, qué cualidad, qué distancia, luz, sabor, textura, olor; unos pasadizos que de grandes la

mayoría de las veces parecían plazas enormes, vacía plazas con arquitectura de sitios que nunca había visto jamás.

En sueños me moría, y en la vigilia de mi porvenir solamente era consciente de lo que se me presentaba. Tal vez hube soñado toda mi vida, ¡sueño es la vida! Y si así es, pues qué hacerle. Uno podría quedarse con que todo lo vivido era una mentira, o simplemente acreer, y darle verdad en su mentira. “En su sinsentido, es decir, su verdad...” . Y hacer algarabía con los suyos, incluso si los suyos son solo en sueño,

de todo aquello que en la inconsciencia vivió. Si el sueño es lo que hubimos vivido, sea pues, realidad del sueño, que son a duermevela y ligero, entre sudores e interrumpidos por vuelos de mosca y sonidos del viento tras las celosías de nuestro jardín de mortandad.

Todos ellos se fueron, aún sin haber estado nunca, o eso me parecía creer. Que nada de lo que pasó hubo sido; más todo lo que nunca fue en verdad hubo ocurrido. Pues de mis quimeras me hago mis pilares, y mis pilares son de sal, que me sustentan en su insustento —para la eternidad en la perennidad. Como soy mortal, me soy imperecedero, y por no tener ganas, qué no me muero. Dicho sea.

*

—Ay... Igorevich... Ya estás otra vez delirando con tus sinsentidos... Anda, dame la copa. — El desconocido muchacho arrebató de la mano izquierda, danzando en el aire como baile de abeja, la copa de vodka de Eduard, el cual daba tumbos con la cabeza, mientras murmuraba los desvaríos de su enser. —Horas llevas relatando tus historietas de ultratumba; que si princesas, que si niños, que si amores, que si palacios... Eduard, no hubo nada de eso para ti. Y no solo eso, sino que estas derrochando tus pocos dineros en alcohol y juegos de cartas en los cuales no sabes ni estar presente. Siempre desvariando...

Con la cabeza entre las piernas, sentado en un sillón caído, Eduard vivía aventuras de campiña de cielos azules y campos vastos; fuera de sus verdades, una habitación empapelada de flores de lis descoloradas se hacia presente. Unos cuantos olvidados se reunían a lo de siempre,

beber y jugar, regalar su vida a dios Cronos en pos de hacer algo que nunca llegaba. Y allí estaba Igorevich

—No se me antoja cosa más inútil que la realidad.

Sentenció el sentenciado a muerte.

—Y sin embargo aquí estamos.

Profirió el acompañante.

—Sin embargo, las verdades que sueño me son magníficas.

Y volvió a soñar. A soñar con esas vidas de corte y banquete, con

esas vidas de las que todo se hacía tal como uno dispusiese, fuese sueño o fuéseto no.

-2-

En aquellas moradas en las que se reunían malas gentes, Eduard yacía impasible ante las bufonerías de sus compañeros. Placía más gratamente con su botella cristalina dando tumbos en su mente, comiéndole la oreja a su buen compañero, que hacía del estudio del Derecho y estaba versado en algunos libros de aquí y por allí. Drugov Gaspar Artemovich era un hombre de estudios, sí, pero se apacentaba en los bares y posadas, donde por ventura acabó conociendo a Igorevich.

A Drugov le fascinaba escuchar a su raquíto amigo. Cierto es que por momentos había en los que se preocupaba, pues no alcanzaba a decir realidad y se iba por los aires como el que se le va el santo al cielo. Borrachos los dos se sujetaban el uno al otro, y volvían a la casa del estudiante mientras Drugov, el hombre que aunque delgado, no pasaba a ser materia cuasi de alma como el otro, con sus quevedos pegados a la cara y el bello que le cubría gran parte del mentón, con un bigote y patillas exuberantes; siempre vestía como hombre de su tiempo, pero al contrario que Eduard, sin rompeduras ni rasgones en las ropas.

¿Por qué será que este hombre, aún de no poder siquiera recordar yo el nombre de su familia, sigue al lado mío, como si fuéramos amigos desde hace mucho tiempo? No me quejo, de todas formas. Aunque la mayor parte de las gentes de esta ciudad, de Rusia o incluso de Europa entera, sean alimañas detestables, la compañía de Drugov me es amena.

»Tal vez sea su voz suave y grave, o el que se preocupe de mi bienestar pasadas las tres botellas. No alcanzo a comprender el por qué. Aunque no sé si quisiera saberlo.

»Y cierto es que aunque sus charlas me amenicen el cuerpo y olvídeme yo de los malos ratos con los que me distrae, no puede ser un ente más detestable. No porque lo diga yo sino porque simplemente es

así. Malo como nunca los hubo habido en toda San Petesburgo. Aunque siquiera sepa en cuál ciudad me encuentro, por momento me lo recuerdan carteles y conversaciones sobre-escuchadas, pero ahora... no alcanza mi memoria.

Se hacía tarde en el piso del estudiante, donde la roja luz del atardecer, cuando el sol ya se alineaba con el horizonte, bañaba repleta el dormitorio. El rubio esmirriado, ojeroso, tendido sobre el lecho de Drugov, olisqueaba una botella descorchada de vino, vacía, por no extender su brazo hacia el alfeizar de la ventana a su derecha, y encenderse un tabaco de la petaca que yacía al lado del cenicero negro, donde reposaba una colilla del otro. Drugov Gaspar Artemovich sentado en una silla de esparto escribía misivas y cartas personales para enviarlas luego por correo. Eduard miraba de reojo, con el hocico metido aún en la botella, qué hacía sin compañero, sin esmerarse demasiado en tratar de averiguarlo. En el reflejo del vidrio de la ventana Drugov pilló a el otro mirándole de soslayo y exclamó:

—Estoy escribiendo unas cartas a mis correspondencias; cosas de la universidad y personales. Cerrando tratos con pequeños editores y traductores, respondiendo a alguna amiguita y a mi madre que anda en Moscú. Por si te lo preguntabas.

Yo ni me inmuté, en verdad me importaba poco. ¿A quién engañar? No me importaba en absoluto, solo era una curiosidad pasajera sin fundamento ninguno.

Eduard hizo un magno esfuerzo por estirar su lánguido brazo hasta alcanzar la tabaquera. Sacó un cigarro de liar, arrugado de lo mal que lo estaba, y se lo encendió con una cerilla sujetándolo con la mano izquierda. Inspiró durante un largo rato, hasta que se le punzara el pecho y luego lo soltó lentamente hasta sentir que se ahogaba por quedarse sin aire. Dándole un golpecito tiró la ceniza en su lugar y se recompuso en el borde la cama, sentado, letárgico.

Se levanto, encorvado, con el cigarro en los labios, y se aproximó a las estanterías del estudiante: innumerables libros, en latín y en lenguas

vernáculos, desde le ruso al alemán, ingles y francés. “Acaso se ha leído todo esto?” Pensó Eduard “Hay que tener ganas... Yo no creo que odie algo más con toda mi voluntad que el demonio de las letras...” A este razonamiento pensaba él que tenía que darle un par de vueltas más. “Siempre pensé que no hay nada mejor que hacer arte que no conlleve la palabra, lo previo a las palabras.”

—¿Ves algo que te llame la atención? —Preguntó Drugov Gaspar Artemovich— Puedes coger los que quieras. Los que yo necesito los tengo aquí en el escritorio.

Me limité simplemente a mascullar una respuesta inconclusa, sin gesticular palabra.

Miraba los libros de los estantes; lomos pardos y oscuros, algunos azules, cuadernos blancos y amarillentos malamente encuadrados con hilo... No sabía decir si me llamaban la atención, pero definitivamente algo encendía en mi cabeza. Cogí uno al azar. Uno en latín de cuyo título no me acuerdo ni tampoco podía leer dado que nunca aprendí aquella lengua muerta. Para excusarme podría decir que tuve cosas más importantes que hacer durante mi vida, pero sería mentirme, y no tiene sentido decirlo.

—Gaspar Artemovich, ¿No te quedará alguna botella por ahí, no?

—pregunté recordando al botella de vino vacía que dejé en la cama— Tengo la boca seca.

Gaspar se rió.

—Dame un momento y te traigo otra. No tardaré mucho. —Dijo aún con las narices incrustadas en los papeles de su escritorio.

Cuando se marchó a por la botella yo, aprovechando la soledad, me acerqué a su mesa a ver qué es lo que estaba haciendo. Al lado de una carta a lo que parecía una amante, estaban uno recibos y unas cartas con cuentas y número de gastos y pagos pendientes de hace un mes por parte de Gaspar. No me impresionaba, pero no puede evitar levantar las dos cejas al verlo. La suma subía a un total de quinientos rublos con cincuenta y siete kopeks. Debería confesar que aun habiendo pasado cierto tiempo con Artemovich, no le conozco tanto como me gustaría,

por lo que no sabría decir si esto es común en él o no.

Dejé aquello como estaba y me senté de nuevo en el borde de la cama. Gaspar no tardó en entrar por la puerta.

—Me vas a disculpar pero no queda nada en la bodega... Sin embargo... A alguien se le cayeron dos rublos en las escaleras. ¿Te apetece ir al bar y bebernos los dos rublos?

Asentí sin decir nada más. Él me puso el brazo sobre los hombros y yo guardé mis manos en el abrigo.

Más tarde descubriría que robaba calderilla de la señora de la pensión de enfrente. No podía culparle, quería el vino tanto como él.

En ciertos días, días en los que me paraba a pensar más de la cuenta tal vez, acababa cavilando disparates. Disparates digo al ser los pensamientos dispares. Y el cuerpo es uno de aquellos temas que tanto me rondaban la cabeza. Inútil lo veo. Una pesadez, pesadumbre incluso. Sentía por momentos que me sobraba, y me sigue sobrando.

A Drugov en alguna que otra ocasión le comenté aquello sobre el cuerpo, alegando que no le era nuevo. Pasados de este punto simplemente me dejaba solo escuchar su suave voz mientras me hablaba de muertos. No me interesaban. Creía que no me interesaban. Mientras caminaba por las innertes callejuelas de los sucios barrios céntricos de la ciudad, pisaba charcos de hedor repugnante, sentía en mi piel el aire putrefacto de la gente, y me martirizaba cada vez más por ser un cuerpo.

Deseaba no comer nunca más, nunca. Instantes en los que quisiera consumir mi cuerpo, como si fuera un cigarrillo; una de las razones por mi creciente adicción al tabaco. Hacerme humo, incluso. Morir, vaya. Cuando miraba mi reflejo en el espejo de mi cuartucho, sentía ganas de rasgarlo, tirarlo por la ventana. Pero mi flaqueza me impedía hacer actividades fuera del caminar y del estar sentado. Cosa de la que no me quejo.

—Eduard, acábate la botella por mi, ¿quieres?

Me dijo Gaspar Artemovich, sentados en uno de los bancos de madera de una cantina cualquiera. Esta vez estábamos con una

espiritosa, un vodka barato cualquiera. Sin hacerme de rogar demasiado, cogí la botella con las dos manos y di un trago largo. El local olía a humo y suciedad seca, como sudor pasado. Frío. Anhelaba ser imperceptible en ese momento, que nadie me viera, beber a mi gusto, aquél trago que nunca viene, ni nunca deja de venir.

Al mirar a derredor mía en el lóbrego tugurio solo atisbaban mis sentidos a tristes adanes sosteniendo copas medio vacías, cabizbajos, de semblantes abatidos. Por las escaleras que bajan a la taberna, de donde entra a ratos luz del exterior, en las caballerizas que nos encontrábamos, bajó dando voces al nombre de Drugov, un mostagán

embutido en una sucia camisa interior y una larga chaqueta marrón remendada innumerables veces, gordo como nadie en aquél lugar.

—¡Artemovich! —Gritaba mientras daba zapatazos contra el suelo; al parecer, su manera habitual de caminar— ¿Dónde estás Gaspar Artemovich? Sé que te metiste aquí.

El viejo detrás de la barra alargó su mano en intentó de llamar la atención a aquél encolerizado desgraciado. El gigante partió su cuello para mirar al pobre señor de la barra, con sus diminutos ojos de pobladísimas cejas, haciendo que bajara la mirada e hiciera como si nada hubiera ocurrido.

Yo no me hube dado cuenta al instante, ni mucho menos, pero Drugov Gaspar Artemovich se había escabullido a la bodega de la taberna nada más escuchó su nombre vociferado por aquella bestia.

No tardé mucho en unir cabos y saber que era aquél sujeto al que el debía quinientos rublos con cincuenta y siete kopeks.

Me apenaba; sin duda que me apenaba, pero no podía hacer nada.

¿Qué iría a hacer un endeblucho como yo, chupado, en mis huesos y pellejo, contra un mostagán de aquella envergadura? Sin duda me sorprendí. Incluso abrí los ojos más de lo que me permitía mi sempiterna fatiga. Acariciaba mis manos, moradas como las tenía y me encendí una colilla de la tabaquera. Dulce olor amargo. Mientras pensaba en si aquella noche volvería a escupir sangre antes de irme a dormir, y el

estómago me martilleaba, un desdichado don nadie hacía señas al hombretón, indicándole la bajada a la bodega.

—Maldito rufián, hijo de su... —Mascullaba entre dientes, a lo que yo entre el humo veía como bajaba las escaleras, encorvado, dando aún esos zapatazos que retumbaban en todo el sótano.

Tras los dos minutos de completo silencio, expectantes todos, incluso yo, tal vez el que más, salió de ahí el grandullón, sacudiéndose las manos la una con la otra. Gritó a sus muchachos, dos hombres igual de desgraciados que él, que no tenían nada que hacer ahí, y se marcharon.

Por preocupación, bajé a ver qué es lo que había ocurrido ahí dentro en la bodega. Las luces de la lámpara del techo estaba encendida, todo parecía ordenado y lo único destacable era un olor insoportable a humedades. Pronto me percaté de un montón de telas apiladas en un lado de la sala, al lado de los barriles de vino; Drugov estaba ahí escondido, y parecía que, gracias a Dios, no le habían encontrado.

—¡Ah! —Gritó Gaspar Artemovich cuando me vio apartando las telas de su escondite encima de él— Menos mal que eres tú, Eduard Igorevich, pensaba que ya era hombre muerto... —Sudaba como nunca he visto a un hombre sudar ni en los trabajos más duros de la Siberia.

—¿Qué es lo que ocurrió?

Mi pregunta le quedó en el sitio, aún echado y envuelto en telas de sacos de patas, con el pelo negro vuelto gris por el polvo y las gafas en las manos.

—Deudas, chico. Deudas. Claro está que uno no puede saber lo que es si nunca ha tenido dinero... En fin, no me mires así. La creatura aquella era Kolosov Maksim Yurievich, un matón de ciudad. El dueño de una empresa metalúrgica de la ciudad. Bueno, él no es el dueño, sino su padre, el señor Yuri. —Yo le miraba cansado, esperando la “versión corta”— De acuerdo Igorevich, no hace falta que te duermas como los caballos. El tal Kolosov gusta de hacer como de mafioso con el dinero de su padre, prestamos, judiadas, bancos que igual no te embargan la casa

pero te cortan dos dedos. Le pedí prestados quinientos y no-sé-cuántos kopeks para unos asuntos. Yo iba a recuperar el dinero apostando a las cartas con los chicos de Alina en la posada. Pero no. Perdí todo. Y lo que me quedó “por si acaso” lo gasté en mujeres y bebida.

No me impresionaba nada de eso. Bueno tal vez impresionábame un poco más que se lo gastara en “mujeres y bebida” que no en “bebida y más bebida”, o tabaco, o algo que hiciera sentir las carnes de verdad. Le tendí mi mano para que se apoyara y subiera, pero al tirar de mi antebrazo caí sobre él. Él no pudo más que soltar una risa ligera, yo me levante lo más rápido que puede y apuré una botella de lo que pensaba era vino en el interior de mi chaqueta, “para aprovechar el viaje”, pensaba.

*

Entre tanto que me adormecía entre las sábanas deslucidas de mi lecho, pensaba, o al menos intentábalo, sobre la propuesta que me hubo hecho Drugov, aquello de traducir los artículos en alemán y francés de sus colegas letrados para una revista de intelectualistas rusa. Pagaban lo que tenían que pagar, y aunque el dinero no lo andaba buscando, cierto es que a nadie le viene mal algo con lo que poder vivir.

*

Odio mi ciudad, si es que acaso fuera posible llamarla mía, cosa que no creo que sea así. Y no es que me repugne su arquitectura; la gente me dejó de importar tiempo ha que no recuerdo ni cuando habrá dejado de ser. No. Es algo diferente. Algo tan sumamente diferente, este odio. Tal vez, todo lo malo que tenga que decir sobre los demás sea, en cierta y última medida, lo único malo que pueda decir de mi mismo.

Camino por calles pavimentadas de excesiva lujuria, de engaño y de porfias soñolientas que no llegan a ningún lado porque parece que se disputan de una manera sosegada. Mentira. O tal vez sea que no puedo lidiar con mi propia sexualidad, o tal vez que no quiera ver a eros nunca más. Nada que tenga que ver con el cuerpo. No hay nada más inútil que un órgano. No me cansaré de decirlo.

No recuerdo mis sueños, pero haciendo memoria es lo único que

puedo recordar, o inventarme que recuerdo, que a fin de cuentas son básicamente lo mismo, por ende lo único que es real. Y aun así odio dormir.

Ay... ¡quién pudiera! Maldito desengaño. la que me rodea y me carcome. ¿Y qué hacer, qué decir? Mejor quedémonos tranquilos, sin hacer nada. Hacer nada, nadear —quien diría— no hacer nada, hacer la nada. ¡Qué más dará! Estarse quieto, en la habitación, y esperar a que pase algo. Y si no pasara nada, pues bien estaría que nos llevara la subida de la corriente, como al hombre Bisei.

*

Tarde en la mañana, recuerdo yo, Igorevich, despertaste entre sudores fríos de sueño duermivelesco, agitado y desazonado, por cuatro fuertes golpes en la puerta de tu gabinete, habitación herrumbrosa donde las haya. Era ella la mujer del casero, si es que no era ella la dueña —no lo sabemos—, que tras la puerta llamábate:

—¡Señor Travnikov! No volveré a insistir más. Se lo ruego, por Dios se lo ruego. Abra esta puerta y páguenos los veintidós mil rublos de alquiler que debe de estos dos meses. Por Dios. ¡Señor Travnikov!— seguía la señora vociferando.

Otros cuatro golpes fueron asestados contra la puerta de madera que se caía a trozos a cada porrazo. En camión te levantaste y prendiste un cigarro nada más tus pies descalzos tocaron la alfombra del suelo, húmeda y llena de polvo. Titubeante te acercaste a la puerta. Abriéndola volviste a colocarte el cigarro entre los labios. La mujer se echó hacia atrás del susto.

—Señor Travnikov... Le veo muy... —pensaría en algún cumplido para intentar sobrellevar los gritos anteriores, pero no podía mentir— mal. Bastante mal. ¿Está usted bien?

—Veintidós mil rublos, son. ¿No?

Ella asintió.

Mientras te diste la vuelta para buscar algo de dinero, cual fuera, no importaba, ella te analizó con la mirada, de pies a cabeza y viceversa. Vio a un hombre encorvado, echado a menos, fantasmal, o más. Volviste

y le entregaste unos cuantos billetes, ni siquiera contaste cuánto dinero le habías dado.

—El resto se lo podré dar cuando lo tenga, deme un mes más.

—Bueno...—dijo contándolo entre las manos— al menos es algo más que la última vez; y que la anterior.

Desearía, muy de vez en cuando, una soledad absoluta, la absoluta nada, diríase incluso la muerte, a esta media tinta de soledad barata que parece justificarse por el desengaño de mi mismo y diversos Pecados Capitales que no me hacen reír al pensar en ellos. Salir de este estado podría venirle bien a cualquiera con dos dedos de frente, o con menos: hasta un idiota sabría que estar así no es bueno —qué digo bueno— no es ventajoso ni de ayuda en ninguna situación imaginable.

Consumido por esta media tinta, risible media tinta de soledad, me sumerjo en vacíos de todo que me saben a cigarrillo apagado, a ceniza, a tierra seca; siquiera desierto, pues al menos él tiene un regusto de grandiosidad, de verdad, como Aquél (;). Ojalá perderme en el desierto, sur del Mediterráneo, morir entre las arenas, laberinto eterno entre grano y grano, acabar en las puertas de Jericó y que me reciban con aires frescos y ramas de olivo. Algo así es lo que quiero. Mas sigo encerrado en esta habitación de muros rugosos, cortinas andrajosas y humo, no solo del tabaco, flotando y bailando al rededor de mi cabeza, donde el pelo se me acartona y cae a cada cabezada de sueño que doy siendo incapaz de cerrar los ojos y posarla en la almohada sin escuchar el rápido latido de mi corazón contra mi garganta.

3.

¡Y quién pudiera volver a aquella maldita soledad! Preocupaciones tenía pocas, las que me daba yo mismo; mas ahora no puedo sino que preocuparme por la gente que me rodea, apenarme o no sé qué más sentimientos se pasan por mis cavilaciones. No lo tengo claro. A decir verdad, en la comodidad de mi mugre había cierto algo, tal

vez ese malo conocido, que me desquitaba de lo que fuera que hicieren los demás.

Algo de misántropo puede que haya en mi, pensándolo de una u otra manera, es decir, que no que me gusta tratar con las invenciones de otras personas, no lo sé. Drugov colmaba mi mente, hastío. Presteza tenía con las palabras, pero algo hacía... Algo, de alguna menara, se las ingeniaba para, con esa presteza suya de los que son inteligentes, leídos y capaces (tal vez demasiado), provocarme, no ya un odio, ni un disgusto —tal vez sí un poco de ambos— sino una piedad considerable. La suficiente piedad como para poder pasárseme por la cabeza el matarlo yo mismo si la ocasión se diere.

Sin embargo, una de las cosas que más disfrutaba de esos días eran las intervenciones con Drugov; charlar, parlotear, hablar, intercambiar palabras y signos y gestos e intenciones. Lo que fuera. Todo incluso. Judiadas, básicamente, mercaderes de significantes, que acaso no estaban vacíos de contenido. “ ”

me decía de vez en cuando cuando me reía las sinrazones en las inquiríamos.

El viento corría filoso por las calles terrosas de chabolas destartaladas. Me abría paso, con todo el cuidado posible que la ebriedad permitíame, claro está. Drugov, ¿dónde había quedado a aquél muchacho? Aquella tarde le perdí después de yo haber tirado el dinero en un timba de damas. Nunca comprendí la gracia del juego —ni de este, ni del ajedrez... insulsos juegos—. Siempre me siento acorralado e incapaz de avanzar. Probablemente por una falta de conocimiento, tampoco me carcome la sesera.

Al rato llegué a un portal con un lucero de aceite que iluminaba tímidamente la entrada de una de aquellas chabolas, echas de a saberse qué. Por lo menos podría refugiarme del viento por un momento. Saqué de mi abrigo la pitillera y encendí, con cuidado del viento, la última colilla que me quedaba. Respirando aquél tabaco intenté ordenar mis pensamientos. No por mucho tiempo. Pensé en el trabajo aquél de

traductor que me ofrecieron allá igual más de un mes, y me planteé aceptarlo.

Pensé en la costa, allá donde nunca estuve, me imaginaba las imágenes con clara nitidez en mi mente, proyectadas delante mía. Allá un faro, y olas chocando contra los pedruscos del acantilado, con un cielo escasamente nublado, donde los rayos del sol atravesaban las blancas y ligeras nubes.

—¡Ojalá ser un marinero! Marinero de aquél que vive del mar. Pescador o farero, o la mujer del pescador y del farero. Salir a faenar, o esperar la llegada de la faena. En el mar siempre me he esperado que me traiga cosas que nunca veré, ni aun ponga pie ahí. Esperar a aquella Nave Blanca, la de los sueños. Recorrer un mar de nubes a ras del agua, acabar viendo los pilares como del ébano que se alzan en los confines del mundo. Ser el cartógrafo que hizo los mapas de antaño, crear antigüedades de esas en que los otros sientan la fascinación de las fascinaciones.

—Pero eso no puede ser —me dijo Misha—, eres joven, creo, y has perdido todas tus oportunidades. ¿Qué es lo que te queda?

—Creer. Supongo.

—En ese caso ya te queda algo.

—Lo único que me queda. Irme.

—Siempre estás yéndote. ¿Nunca piensas en quedarte?

—No quiero a nadie. No tengo nadie con quien quedarme. Vete, Misha.

—Decirme eso no va a solucionar tus problemas. Yo no soy tu problema.

—Dejar en paz. ¡Eso! Paz. Yo solo quiero estar tranquilo. Aquí no hay paz, solo hay verdades, guerra. Guerra frívola de febril talla. Nada menos. Yo no quiero esto. Si en la mentira está la paz, en la mentira me quedaré. Más aún, buscaré la mentira si con ella podré estar tranquilo. Y no se habló más.

Misha se fue, y yo volví a mi chabola, o intenté recordar, por lo menos, hacia dónde se encontraba. Simplemente retrocedí en mis pasos.

De senctute — sentíame yo el más vetusto de todos. Y si es que con la edad se cosecha la sabiduría, yo era, en ese sentido, el menos anciano de todos. Mas aún se me echaban los años encima. Mi espalda peregrina, y sobrábame el bastón, lucero y hasta las botas y las sandalias, cargaba sobre mi todo ese tiempo que hubo pasado. Que no es menos importante que aquél venidero. Porque vendrá. Mis manos portaban arena mojada, que no se corría entre ellas, y mis palmas marrón machado del suelo arcilloso. Crear era una de las pocas cosas que hacía, si es que hacía algo. Bueno para nada. Andar y creer. Creer lo más que podía. De hecho creía todo. No me atenía nada más que a la creencia, pues mis actos, si bien aún se pretendían y tenían de modelo al Salvador, carecían de acción directa. Hacer y pensar es lo mismo. Así como lo mismo es saber que degustar. Con el hambre es con lo que creo y mi apetito aunque escaso, destaca por su hambruna. Rugen las tripas de este deshuesado cuerpo. Rechinan los dientes crujen. Crujen barbaridad. No soy santo, aunque lo pretenda, y tal lo fuere si creyera más. Pecador quedaré, hereje incluso. Y seguiré creyendo. En todo. De la Iglesia al Hades. Porque Dios está hasta en la Gahena. Luz.

Tranquileaban las mañanas de septiembre como nunca hubieronlo hecho. Centelleaba un algo luminoso en el cielo de mi cuarto. Yo zampaba, lleno de hambre, las vistas del techo, y entre los tablones y el polvo, entro los requebrajones de la madera del suelo del piso de arriba, asomaba cierta mano de no sé quién. Algo inusual, diríase con verdad. La mano habló. “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra.” Y de la mano bajó un gota de agua. Septiembre se hacia de rogar, y al tiempo que el frío no llegaba las durezas de los pies se amontonaban. Anhelaba ver las hojas en el suelo. Y la torre se construyó de bitumen, así sus murallas de igual manera. Coreaban los pardales.

El tiempo pasaba como ya lo hubo pasado, como siempre se pasa el tiempo, que no se mueve de otra manera, o por lo menos no vemos

que se mueva de otras maneras. Como el río que siempre acaba al mar, para volver al fondo del suelo y retornar, torrenteando entre los árboles, al río vuelta a morir otra vez. Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Cantaba tristemente un gran hombre. Como se cantan todas las grandes cosas, tristemente.

Mi soliloquio no duraría demasiado tiempo, no mucho. Aunque el tiempo precisamente era lo que sobraba. Si a aquellos del *Carpe Diem*, esos del _____, toda una vida les parece poca, yo quisiera que me la acortaran mucho más. Con un día de vida me bastara en cumplir todos los deseos que tengo en este suelo pantanoso que llamo mi casa. En un día podría declarar infinitas veces el amor de los amores, podría romper mil alianzas y crear otras dos mil. Podría hacer tantas cosas que revivir este círculo plano del tiempo se me hace angustiante y fatigoso. Igual creer que la vida es corta y que de sus cosechas hay que aprovecharse es la medicina del necio y el pazguato para quererse ir más deprisa aún, pues la vida es tan larga y tan torpe que no merece ser vivida si no es a prisa y haciendo la más de las cosas que se puedan. Aunque yo preferiría hacer mil veces la misma cosa, sea fumar, sea amar, sea morir, que mil cosas diferentes en un instante o dos. Irme a gusto.

Amar es la única constante que conoció Eduardo, hijo de Igor, quién fuera aquél hombre, patronímico que nada significaba para él, como nada significaba su nombre para sí; sino era para con los demás con quien lo necesitaba. Él no se llamaba. No se necesitaba. Nunca fue menester suyo el apelarse. Amar era su única constante. Fue siempre la única. Si no era amar aquello, era amar esto otro. Si no era amar, era querer amar o querer querer amar, etc, etc. Al otro lado del múltiple mañana, al otro lado. Siguiendo el camino que no se termina de acabar, que hasta se retorna. Se vuelve.

Sabemos muy poco de la vida. De su utilidad. Al menos, cree el sabihondo creer saber que tiene conocimiento de esta. Esta autoilusión, suficientemente burda como para ser apreciada incluso con ojos medio

abiertos, tiene un origen muy comprensible. Pero, ¡oh, vivir!, quien no te conoce, te estime; mas desembarazado de vida aquél que pase de cuna a urna, del tálamo a túmulo. Desengañado de vivir pase uno a querer aquel sueño eterno de vida que es la muerte.

Y como este tema es inagotable, conviene ir cortándolo.